Para una historia de la traducción en Cuba

Jesús David Curbelo

En el tema que nos ocupa, Cuba ha sido una verdadera potencia. Me arriesgaría incluso con la hipótesis de que la fuerza fundacional de la poesía cubana durante el XIX y la primera mitad del XX dentro de la literatura hispanoamericana, mucho le debe a la sagacidad y pericia de sus traductores, enfrascados en la dura lucha de traer a nuestra lengua lo mejor y más novedoso de la poesía clásica y contemporánea, y al efecto que esta savia ejerció en el árbol de la lírica cubana. Si añadimos el rasgo de que nuestros mayores traductores de poesía han coincidido de modo general con los poetas notables, constataremos que no hubo casualidad, sino la voluntad de formación e información imprescindible para el cultivo espiritual de un pueblo. Es importante no perder de vista la relevancia de las tertulias literarias encabezadas por Domingo del Monte y José de la Luz y Caballero (traductores ellos mismos), dos figuras cuyo conocimiento, afán divulgativo y vocación de servicio al enriquecimiento espiritual de su país, les llevó a nuclear alrededor suyo a lo mejor del panorama nacional y vincularse con pensadores y artistas de Europa y Estados Unidos. A esta labor quizá fortuita, mas ininterrumpida, se sumaron los principales diarios y revistas literarias, en su papel de vehículos para la expresión de la inteligencia literaria nacional,[1] asentando una tradición que, con altibajos y deslindes necesarios, se ha mantenido hasta la fecha.

Nuestro primer gran poeta, José María Heredia, fue también nuestro primer traductor sobresaliente. Aparte de algunos clásicos latinos entre los que descuellan Horacio y Virgilio (a quienes tradujo siendo todavía niño), volcó al español a Goethe, Lamartine, Byron, Foscolo, el falso Ossián, Campbell, es decir, a sus contemporáneos portadores de las nuevas ideas que movieron la literatura del momento, a los cuales promulgó y comentó en una prosa concisa e indagadora que exploró también los senderos de la historia, la política, la novela y el teatro.[2] El impulso romántico y patriótico de muchos de estos autores permeó, para bien, la lírica de Heredia, deudora en algunas zonas del estiramiento neoclásico que estas influencias contribuyeron a descongelar, aunque la dicotomía coexistente en él entre el neoclasicismo y el romanticismo, en varias ocasiones le hizo emitir valoraciones un tanto conservadoras acerca de Byron, o preferir ciertos escritores neoclásicos de segundo orden antes que los adalides de la poesía francesa (Hugo, De Vigny) que conocía. Sin embargo, estas liviandades no empañan el mérito de este cubano cuya empresa como traductor y promotor lo convirtieron en uno de los guías espirituales de la intelectualidad latinoamericana.

Zenea, por su parte, sí centró sus esfuerzos en autores coetáneos: Leopardi, Longfellow, Tennyson, Lamartine, Musset, quienes hicieron sentir su ascendiente sobre los versos del

[1] Por supuesto, me refiero también a las publicaciones que, fuera de Cuba, crearon, dirigieron y animaron muchos de nuestros próceres intelectuales (Heredia, Varela, Martí).

[2] Heredia también tradujo novelas (Walter Scott, Thomas Moore), teatro (Voltaire, Alfieri) e historia (Tytler).

cubano, aunque sin lastrar su fina sensibilidad y su exquisito manejo del idioma. También, tomándolos quizá del francés, vertió al castellano, por vez primera, al poeta polaco Adam Mickiewicz.[3] José Agustín Quintero, poeta incluido en la compilación *El laúd del desterrado*, calificado por Lezama como "uno de los mejores poetas cubanos de su época",[4] fue asimismo traductor de Tennyson y Longfellow, pero además de Emerson y Schiller. Los hermanos Francisco y Antonio Sellén, incluidos en la antología *Arpas amigas*, igual trajeron al español la obra de poetas europeos relevantes. Antonio tradujo a Byron, y publicó las colecciones *Joyas del norte de Europa* (donde agrupaba suecos, daneses y alemanes) y *Ecos del Sena* (una muestra del romanticismo francés). Francisco, mejor dotado como lírico, realizó la primera versión de Heine al español, titulada *Intermezzo lírico*; luego dio a la luz *Ecos del Rhin*, con numerosos textos alemanes, y más tarde tradujo a Byron y a varios novelistas desde el inglés.[5] Lezama, en su *Antología de la poesía cubana*, comenta la influencia de Heine en la poesía de Francisco Sellén, marcada por temas como el panteísmo, la preexistencia, lo errante, las incesantes mutaciones, el pesimismo.[6] Y en 1885 dieron a la luz, en forma inaugural para el español, el poema épico *Conrado Wallenrod*, de Mickiewicz, con versión de Antonio y prólogo de Francisco.[7] Diego Vicente Tejera nos legó asimismo buenas traducciones del romanticismo europeo (Goethe, Schiller, Hugo, Leopardi), de donde parece provenir el gusto por la balada nórdica y el *lied* alemán, tan recurrentes a lo largo de su producción; sin embargo, su aporte fundamental en este terreno estriba en las recreaciones que efectuara —primeras en español— de los textos del húngaro Sándor Petöfi, las cuales anexó a la tercera edición de sus *Poesías* bajo el rótulo de "Cantos magiares". Estas piezas no fueron traducidas directamente del húngaro, sino que Tejera se sirvió de las transcripciones francesas hechas por Marceline Desbordes-Valmore y François Coppée, y todo indica que Tejera se acercó a ellas más que por su estilo literario por sus valores patrióticos, afines en buena medida con la actividad política que el cubano desplegara durante su vida. Valiosas resultaron, del mismo modo, las aportaciones de Domingo del Monte (Vincenzo Monti),[8] José Fornaris (variados poetas ingleses y franceses), Rafael María de Mendive (*Melodías irlandesas*, de Thomas Moore, sin duda muy a tono con la sensibilidad y el gusto literario del creador de "La gota de rocío"), Mercedes Matamoros (Byron, Moore, Chénier, Schiller, Goethe) y de otros que harían demasiado extensa esta síntesis.

[3] Dato tomado del texto inédito "Traducción de la poesía de Adam Mickiewicz en Cuba en el pasado siglo", de Ángel Zuazo López, leído en el V Simposio de Traducción Literaria, Ciudad de La Habana, 1998. Allí se exponen otros acercamientos de los poetas cubanos a la realidad polaca que, de algún modo, convergía políticamente con la suya.

[4] Ver José Lezama Lima: *Antología de la poesía cubana*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965, t. III, p. 270.

[5] Wilkie Collins, Hawthorne y Stevenson, entre otros.

[6] José Lezama Lima: op. cit., pp. 355-356.

[7] Ver texto de Zuazo López mencionado en nota 19.

[8] Adorable este detalle: cómo Domingo del Monte, cuyas convicciones políticas no fueron, digamos, inamovibles, eligió, precisamente, a un poeta como Vincenzo Monti, notorio por sus veleidades en el campo político, que lo llevaron de enemigo abierto de la Revolución Francesa a admirador y cantor de Napoleón. Por cierto, Monti fue un notable traductor del griego, destacándose por su versión de la *Ilíada* al italiano.

Ya cerrando el siglo se destacan las versiones que hiciera Julián del Casal de pasajes de Catulle Mendès, Théophile Gautier, François Coppée, José María de Heredia (parnasianos y compañía, sin excepción), pero, sobre todo, las que publicara en varias revistas habaneras de los *Pequeños poemas en prosa*, de Baudelaire, poeta que se convirtió en animador de cierta zona de su cosmovisión esteticista e inconforme y de quien escogió, por si fuera poco, la parcela más revolucionaria de su obra para proponerla a los lectores cubanos. Y, por supuesto, la figura mayor de nuestra literatura, José Martí, que fue un curioso traductor. Aunque los pormenores de este aspecto de su creación los aborda con rigor Lourdes Arencibia en su libro *El traductor Martí* (Ediciones Hermanos Loynaz, Pinar del Río, 2000), que abunda en el tema desde una amplia perspectiva que incluye antecedentes, proyecto cultural y sociopolítico, periodismo, edición y traducción propiamente dicha, quisiera recordar algunas de sus principales virtudes. La primera, proponer una teoría de la traducción como una forma de transpensar de un idioma al otro, de "impensar" al autor que se traduce (él lo hacía con Hugo en ese instante) hasta adentrarse en su idiolecto, en su idioma, para después vaciarlo al idioma meta que será, a la postre, el idiolecto del traductor. La segunda virtud, la lista selecta de poetas que trajo al español: Hesíodo, Anacreonte, Horacio, Moore, Emerson, Longfellow, Poe, Heine (esto solo en poesía, porque tradujo además novelas y artículos varios sobre asuntos diversos), como remarcando la visión pedagógica del crecimiento espiritual de su patria mediante la consolidación de su acervo cultural. La tercera, el diálogo sostenido con estos y otros escritores que leyó en sus lenguas originales y que se revirtió en una de las faenas críticas más altas del idioma castellano, gracias a la solidez de sus juicios y a la agudeza dialéctica con que indagaba en el ayer, el hoy y el mañana de la literatura. La cuarta, el benefició que acarreó a su obra poética el contacto íntimo con muchos de los grandes nombres de la lírica universal; de hecho, son visibles en los versos de Martí las influencias de Emerson, Longfellow, Heine y otros. La quinta cualidad descansa en la preocupación profesional por el oficio de traductor, que fue desde luchar por sus derechos de autor hasta pretender elaborar un diccionario de voces autóctonas latinoamericanas y caribeñas que facilitasen el trabajo a los traductores del continente. En fin, un verdadero ejercicio de fundación cimentado en lo mejor del pensamiento cubano que le precedió y deseoso de alcanzar al que habría de sucederle.

Durante el siglo XX continuó el vínculo de los poetas con la traducción. Poveda (Baudelaire, De Regnier, Louÿs, Stuart Merrill, D'Anunnzio, y otras versiones que, en aciaga determinación para la cultura cubana, su esposa incineró), Varona (Anacreonte), y otros, asumieron la traslación y difusión de autores extranjeros, destacándose en esto revistas como *Cuba contemporánea*, *Avance*, y el suplemento literario del *Diario de la Marina*, sobre todo en la etapa en que fue dirigido por José Antonio Fernández de Castro, cuando difundió a los escritores del incipiente estado soviético (Blok, Babel, Fedin, Maiakovski, Pilniak), si bien es cierto que no directamente del ruso, pero sí entre los primeros países de habla española. En 1920 apareció en Londres (Oxford University Press) un curioso tomo, *Sones de la lira inglesa*, fruto del trabajo de Gabriel de Zéndegui, raro traductor amigo y crítico literario de Martí que, según Cintio Vitier, consiguió, con el texto antedicho, "la joya principal de los traductores cubanos del siglo XIX, precioso libro de

HISTAL

poesía y pensamiento poético, cuya Introducción brevísima es la página de un maestro".[9] Enrique José Varona se dirigió a De Zándegui en los siguientes términos, comentando *Sones de la lira inglesa*: "Usted reúne a su maestría en el manejo de nuestra lengua, el dominio del inglés y lo que vale mucho más, gusto delicadísimo y amor a la poesía".[10] Emilio Ballagas y Eugenio Florit, como era de esperar en tan larga tradición de poetas-traductores, obtuvieron prestigio en el terreno. Ballagas trasladó al español a Ronsard, Keats, Yeats y Hopkins, entre otros. Mientras que Florit se destacó, sobre todo, en la versión de diversos poetas de expresión inglesa que incluyó en su *Antología de la poesía norteamericana contemporánea* (1955), y que oscilan desde Eliot o Auden hasta Edna St. Vincent Millay. De igual manera, Florit vertió textos españoles al inglés, experiencia un tanto insólita si tenemos en cuenta que casi siempre es preferible traer el material hacia la lengua materna del traductor y no llevarlo desde ella a la extranjera. Esta labor está recopilada en la muestra *Invitation to Spanish Poetry*, que se acompañó de una grabación en la cual el propio Florit y Amelia Agostini leen los poemas.

Ahora bien, la experiencia más sólida, a mi juicio, en el período, es la del camagüeyano Mariano Brull, insigne traductor de Mallarmé y Valéry, dos de los paradigmas de la nueva poesía que se gestaba en Europa e influía con fuerza en el pensamiento poético latinoamericano. En el ascendiente de ambos franceses sobre la obra del cubano, no hace falta insistir. Es harto conocida su filiación al Valéry caudillo de la poesía pura y exquisito renovador desde la relectura de la tradición. Bien lo sabía Mariano Brull al emprender la traducción de los dos poemas cumbres de Paul Valéry: "La joven parca" y "El cementerio marino". El galo había preconizado: "La fuerza de doblegar el verbo común para fines imprevistos sin romper las 'formas consagradas', la captura y el dominio de las cosas difíciles de decir, y, sobre todo, la conducción simultánea de la sintaxis, de la armonía y de las ideas (que es el problema de la poesía más pura), son, para mí, los objetos supremos de nuestro arte";[11] y esto, aparte de constituir una de las definiciones más exactas de la poesía (no por gusto Valéry fue matemático), significaba un escollo tremendo a la hora de elaborar, en otras lenguas, versiones de sus textos porque, de cierta manera, desplazaba buena parte del peso de la composición hacia la forma y el sonido, y ¿cómo reproducir en español la música creada por él mediante vocablos que rara vez tienen equivalencias de sonoridad en otros idiomas? Brull, un profundo conocedor de ambas lenguas, eligió, en primer término —y aquí va una demostración de que el camagüeyano no era, ni por asomo, un versificador ocupado únicamente de los aspectos formales de la lírica—, reproducir las imágenes de que están poblados ambos poemas (o sea, las ideas, el espíritu filosófico y estético de Valéry), y luego apresar, mediante el empleo del verso blanco —cualquier traductor sagaz renuncia de antemano a la utopía de alcanzar a la vez la simetría de la rima y la fidelidad poética—, la musicalidad suficiente para equipararla a la excepcional orquestación con que Paul Valéry concebía sus estrofas. Lo obtuvo, creo, en muchos

[9] Cfr. *Flor oculta de poesía cubana*, escogida y presentada por Cintio Vitier y Fina García Marruz, Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1978, p. 299.
[10] Citado por Salvador Bueno en el texto acotado en nota 2. Convendría repasar, para mayor información, la entrada Gabriel de Zéndegui en el *Diccionario de la literatura cubana*, Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1984, pp. 1119-1120.
[11] Ver "Sobre *El cementerio marino*" en *El cementerio marino*, Alianza Editorial, Madrid, 1967, pp. 17-18.

pasajes. Y ahí radica su mérito. En el caso específico de "El cementerio marino", Brull sustituye el decasílabo francés (cercano a los tercetos del Dante y, de algún modo, al Padre Nuestro) por el endecasílabo español e intenta ir captando, a través de él, el drama metafísico y lírico del texto inaugural, los usos particulares de helenismos y latinismos, los arcaísmos a la usanza de Ronsard o Du Bellay, las sibilancias, las aliteraciones consonánticas y otros pequeños artilugios caros al autor de *Charmes*. Sin ninguna duda, me atrevería a afirmar que, entre las varias traslaciones que conozco de este poema (la de Jorge Guillén, la de Emilio Oribe, la de Néstor Ibarra, la de Alfonso Gutiérrez Hermosillo y la de Rafael Lozano), es esta la que mejor consigue presentarnos a ese poeta del conocimiento y de la conciencia que nace,[12] a ese artífice que ha influido, tanto con sus escritos teóricos como con sus experiencias artísticas, en todas las generaciones posteriores a él.

Luego vino el grupo Orígenes. Mucho he alabado en páginas anteriores la proeza organizadora que constituye para nuestras letras el trabajo de Lezama en su *Antología de la poesía cubana*, o el de Vitier en *Cincuenta años de poesía cubana*, *Lo cubano en la poesía* y *La crítica literaria y estética en el siglo XIX cubano*, entre otros valiosos aportes. Este afán se vio redondeado, de igual forma, por una sucesiva labor de traducción que ejecutaran Lezama (Perse), Rodríguez Feo (Stevens), Cintio (Mallarmé, Rimbaud), Eliseo (Gray, De la Mare)[13] y Piñera (Rimbaud), fundamentalmente. La revista *Orígenes* propagó en Cuba lo mejor del pensamiento y la cultura contemporáneos, pasando la antorcha que luego recibió *Ciclón*, el proyecto disidente que terminaría convirtiéndose en otra importante publicación difusora de elevada literatura (por lo general en la cuerda absurdo-violento-escandalosa que fascinaba a Piñera: Sade, Jarry, Grombrowicz, Queneau; aunque incluyera otros célebres autores como Mallarmé, Ungaretti, Quasimodo, Montale, Luzzi, Pasolini, Auden, Blanchot, Seferis, Montherlant) y que descansó, sobre todo, en la gestión intelectual de Virgilio Piñera y José Rodríguez Feo.

Después de 1959, *Lunes de Revolución* mantuvo esta línea de traducir y extender el conocimiento de escritores no hispanohablantes. Y la prosiguió *Unión*, que dedicó números especiales a las literaturas soviética, búlgara, polaca y rumana, que luego se erigieron en libros, traducidos (ya fuera de modo directo o "poetizando" traslaciones literales), entre otros, por Ángel Augier, José Martínez Matos, Pedro y Francisco de Oraá, David Chericián, Fayad Jamís, Eliseo Diego, Nancy Morejón, Luis Marré, Desiderio Navarro[14] y Otto Fernández. En honor a la verdad, tanto estas como otras traducciones aparecidas en el período (las de Pita Rodríguez del vietnamita, que eran retraducciones del francés o

[12] Cf. Gustave Cohen: "Ensayo de explicación de *El cementerio marino*" en op. cit., p. 141.

[13] En el caso particular de Eliseo, trabajó además en muchos empeños de traducción posteriores, en ocasiones haciendo versiones al español de traslaciones literales realizadas por otros, principalmente de lenguas eslavas que desconocía. Su capacidad literaria salvó de la ruina muchas de ellas, cuya selección se realizó atendiendo a asuntos extraliterarios de múltiple índole y no a calidad literaria o importancia cultural alguna.

[14] Aunque solo de manera especial he mencionado en este artículo traducciones que no sean de poesía, no puedo dejar de señalar la excelente empresa cultural desempeñada por Desiderio Navarro, al poner en español, y publicarlo en la revista *Criterios*, buena parte del más avanzado pensamiento cultorológico universal. Es esta una labor de servicio que los intelectuales cubanos (e hispanoparlantes) no podemos menos que aplaudir y apoyar en la medida de nuestras posibilidades, pues entraña el ejemplo último en Cuba de la tradición que aquí venimos analizando.

versiones sobre transcripciones), se resienten de un poco escrupuloso manejo de los intereses literarios. Salvo contadas excepciones, consisten en muestrarios de las respectivas Uniones de Escritores de los países de Europa del Este, donde brillan por su ausencia las voces en verdad importantes, en la mayoría de los casos silenciadas por manipulaciones sociopolíticas como las ya analizadas en "El exilio y el reino", en otros supongo que solamente preteridas para que algunos poetas "políticamente correctos" ocupasen su lugar.[15] En esta etapa, no obstante, sobresalen dos poetas-traductores: Heberto Padilla y Samuel Feijóo. Padilla nos entregó, entre otras, una bella versión de *Anábasis*, de Saint-John Perse, eminente poeta francés que aún aguarda por un esfuerzo integrador que permita a los lectores cubanos enfrentarse con el grueso de su poesía, y, además, unas excelentes traslaciones recopiladas en *Poesía romántica inglesa* (Arte y Literatura, 1979), libro en el que aparecen Blake, Burns, Gray, Scott, Clare, Jones, Hood, Wordsworth, Coleridge, Shelley, Keats y Byron. Feijóo, por su parte, tradujo de disímiles lenguas y aglutinó lo mejor de esa labor en el volumen *Festín de poesía* (Arte y Literatura, 1984). Allí encontramos, citando solo a los importantes, textos de los franceses Baudelaire, De Banville, Coppée, Verlaine, Rimbaud, Corbière, Mallarmé, Cros, Stuart Merrill, Moréas, Valéry, Apollinaire, Cendrars, Romain, Reverdy, Supervielle y Michaux; de los rusos Pushkin, Lérmontov, Blok, Pasternak y Ajmátova; del rumano Lucian Blaga; de los checos Jaroslav Seifert, Frantisek Halas y Vladimir Holan; del alemán Heine; de los anglófonos Keats, Shelley, Stevenson, Wilde, De la Mare, Lawrence, Blake, Poe, Dickinson, Masters, Crane, Lowell, Frost, Sandburg, Williams, cummings, Pound, St. Vincent Millay; amén de variantes de poesía mítica de los indios de Norteamérica, haikús japoneses y poesía folclórica de Mongolia. Este tomo posee incluso un extenso prólogo en el que Feijóo aborda disímiles aspectos del arte de traducir, apoyándose en una selecta nómina de traductores ilustres, con los que "dialoga" de modo interesantísimo, dejando clara una vez más su categoría intelectual de primerísimo nivel y su sentido de la responsabilidad cultural.[16]

La usanza de traducir, por fortuna, no se ha extinguido entre los poetas cubanos. Ahí están para probarlo las versiones que Víctor Casaus hiciera de Bertolt Brecht, o las que elaborara David Cherición de T. S. Eliot, aparecidas ambas en forma de libros por la editorial Arte y Literatura. Solo que el llamado período especial arrastró a nuestras editoriales hacia limitaciones de orden material que, algunas veces, se tornaron cortapisas de carácter conceptual e impidieron la materialización de numerosos proyectos dignos de enaltecimiento en este campo. Durante la década del noventa se publicaron, que yo

[15] Consistiría un soberbio ejercicio de sociología literaria realizar un estudio comparado entre estas antologías y las muestras de poesía cubana que, a su vez, fueron traducidas a tales lenguas. Me atrevo a asegurar que tendríamos más de una desagradable —o risible, según el lance— sorpresa. En fin, marineros somos.

[16] La faceta de traductor completa la imagen de un intelectual de marca mayor de nuestra cultura (poeta, narrador, crítico, etnólogo, investigador), tan poco valorado en ocasiones que murió sin obtener el Premio Nacional de Literatura, suceso que debiera ser vergonzoso para quienes en esa época organizaron y manipularon la concesión de tal galardón. Y no quiero cuestionarme con este aserto si Feijóo merecía más la distinción que quienes la obtuvieron entre 1983 y 1992, sino tan solo señalar que no se buscaron variantes como las del 86 (entrega triple a Eliseo, Soler y Portuondo) o el 88 (entrega compartida a Cintio y Dora Alonso) para zanjar lo que hubiera sido un acto de justicia poética y de jararquización literaria.

recuerde, las traslaciones de Alberto Acosta Pérez de los rumanos Eminescu, Arghezi y Blaga; las de Alex Fleites y Manuel Rodríguez Ramos de los brasileños Cecilia Meireles, Manuel Bandeira, Vinicius de Moraes y Carlos Drummond de Andrade, y las de Omar Pérez del galés Dylan Thomas,[17] en tanto sí se difundían en la desaparecida revista *Opción* muchos autores internacionales, aunque casi siempre en versiones fusiladas de publicaciones extranjeras, lo cual conspiraba en contra de los cada vez menos atendidos trujamanes del patio. En la misma década Ediciones Unión dio a la luz, en 1993, en ocasión del Tercer Simposio de Traducción Literaria celebrado ese año, *Los pies de la palabra*, una compilación de Sonia Bravo y Felipe Cunill;[18] y en 1998 publicó *Once poetas austríacos*, antología de Marie-Thérèse Kerschbaumer y Gerhard Kofler[19] Creo que una dudosa política de selección editorial, más la baja remuneración que por este esfuerzo reciben los traductores, ha ido en detrimento de la aparición de nuevos títulos (a la sazón solo recuerdo en el catálogo de Arte y Literatura, *Poesía lírica griega*, con selección, versiones y notas de Aramís Quintero, *Poemas* de Alexander Pushkin, con traducciones de Juan Luis Hernández Milián, Sonia Bravo, Alfredo Caballero y Antonio Álvarez Gil; *19 contrarios*, de poesía francesa contemporánea, con traducción de Jorge Yglesias,[20] una muestra del austríaco Julian Schutting, traducida por Yglesias y Francisco Díaz Solar; y los *Poemas escogidos*, de John Donne, vertidos por mí al español), suceso que incide negativamente, al menos de modo indirecto, en la ya mentada tradición cubana de elevación espiritual.

Entiendo que es un deber de la intelectualidad nacional salir cuanto antes al rescate de esos valores. Me consta que ya editoriales "provinciales" como Ácana y Holguín han dado pasos ciertos en esa dirección. La primera editó el pasado año *La dama en la colina*, selección de la poesía de Emily Dickinson, con traducción y prólogo de Ramiro Fuentes Álamo, y *El peor de la manada*, de Joachim du Bellay, con idénticos créditos para un humilde servidor, también culpable del traslado y la introducción de *La vida nueva*, de Dante Alighieri, que esa casa anuncia para principios del 2004; la segunda, acaba de sacar *Las musas inquietantes*, un extracto de la norteamericana Sylvia Plath, a cargo del poeta Manuel

[17] Dicho sea de paso, esto pertenece a un libro mayor que contiene más poemas, cuentos, cartas y otros fragmentos de la obra de Thomas que, en octubre de este año cumple exactamente cincuenta años de muerto, fecha que, aparte de aniversario cerrado fácil de conmemorar, significa la liberación de sus derechos de autor. ¡Ojo, editores!

[18] *Plaquette* que incluía poemas de Margaret Atwood (Canadá), Vahid Azis (Azerbaiyán), Ignacio Buttita (Sicilia), Williams Carlos Williams (Estados Unidos), Paul Celan (del alemán), Fernando Costa Andrada (Angola), Taras Fediuk (Ucrania), Robinson Jeffers (Estados Unidos), Kenneth Patchen (Estados Unidos), Dmitro Pavlichko (Ucrania), Alexander Pushkin (Rusia), Tadeusz Rosewicz (Polonia), Jaroslav Seifert (Checoslovaquia) y Natalia Vanhanen (Rusia), vertidos al español por Cunill, Bravo Utrera, Jorge Pomar Montalvo, Francisco Díaz Solar, Pedro de Oraá, Julia Calzadilla, Gustavo Gutiérrez, Luis Marré, Juan Luis Hernández Milián, Antonio Álvarez Gil, Desiderio Navarro y David Chericián.

[19] El cual recoge muestras de Hans Carl Artmann, Franz Josef Czernin, Michael Donhauser, Erwin Eizinger, Elfriede Gerstl, Ernst Jandl, Alfred Kolleritsch, Friederike Mayröcker, Heidi Pataki, Evelyn Schlag y Julian Schutting; en este proyecto colaboraron los traductores María Elena Blanco, José Aníbal Campos, Francisco Díaz Solar, Jesús Írsula Peña, Olga Sánchez Guevara y Jorge Yglesias.

[20] En este volumen aparecen Anne-Marie Albiach, Jean-François Bory, François Cariès, Michel Deguy, Henry Deluy, Jacques Dupin, Claude Esteban, Emmanuel Hocquard, Bernard Noël, Lionel Ray, Jacques Redá, Jacqueline Risset, Denis Roche, Paul Louis Rossi, Jacques Roubaud, Claude Royet-Journoud, James Sacré, Jude Stéfan y Jacques-Jean Viton.

García Verdecia. Me consta también que revistas como *La isla infinita*, *Unión*,[21] *Revolución y Cultura*[22] y *Antenas*[23] desempeñan una consuetudinaria operación en la reconquista de espacios para la traducción y divulgación de la poesía clásica y contemporánea, así como el proyecto Casa de Letras, dirigido por Reina María Rodríguez, que recién acaba de inaugurar una línea editorial donde vieron la luz traducciones de Francisco Díaz Solar (Heinrich Heine: *Enfant perdu y otros poemas*), Ricardo Alberto Pérez (*Cetrería. Once poetas* brasileños)[24] y Jorge Miralles (Henri Michaux: *Postes angulares*), y prepara colaboraciones de otros poetas cubanos enfrascados en servir al crecimiento cultural de la nación, como Rodolfo Häsler (una selección de Novalis) y Susana Haug y yo (una recopilación de poemas de William Blake). Sin embargo, no basta. Pudiera pensarse en otras variantes como crear en Arte y Literatura una colección para poesía traducida por poetas, o en aprovechar las vías digitales para darle capacidad a mucho del valioso material que, igual me consta, abruma las gavetas de nuestros mejores traductores. Eso sí, con el suficiente respeto intelectual —que incluye deferencia económica, o sea, buena remuneración— para que puedan estos sentir que de veras ayudan a reunir los fragmentos de ese imán que se quebrara en la lejana Sinar cuando Jehová se disgustó por la soberbia del hombre y quiso negarle el cielo condenándolo a hablar lenguas distintas. Hasta hoy, ha sido un imposible: los poetas, los traductores y los lectores de todo el mundo se confabulan para seguir subiendo hasta el infinito con sus eternas preguntas.

Adenda:

Es importante señalar que, en la redacción final de este trabajo, fueron de suma importancia los señalamientos de algunos colegas traductores que, durante el VII Simposio Internacional de Traducción Literaria, celebrado en La Habana, en noviembre de 2003, compartieron conmigo su lectura en forma de ponencia. Vayan pues mis agradecimientos al español Miguel Ángel Vega Cernuda y a los cubanos Olga Sánchez Guevara, Francisco Díaz Solar y Ángel Zuazo López por las precisiones

Cómo citar este artículo:
Curbelo, Jesús David. Para una historia de la traducción en Cuba. *HISTAL* enero 2004. (*fecha en que se consultó este artículo*) *<dirección de URL>*

[21] Destacables resultan las versiones de Philip Larkin por el poeta Antonio José Ponte y las de poetas franceses e italianos por Jorge Yglesias.
[22] Descuella aquí la aparición de quince poemas de la polaca Wislawa Szymborska traducidos por Ángel Zuazo López.
[23] *Antenas* ha publicado, entre otras, traslaciones de Jorge Ángel Hernández Pérez y Ramiro Fuentes Álamo de los norteamericanos Henry Longfellow y Emily Dickinson, respectivamente.
[24] Incluye a Mario Quintana, Manoel de Barros, Haroldo de Campos, Ferreira Gullar, Augusto de Campos, Paulo Leminski, Wilson Bueno, Joâo Moura Jr., Horácio Costa, Josely Vianna Baptista y Claudio Daniel.